

Título de la ponencia: La teoría del antagonismo: Ernesto Laclau

Nombre y apellido: María Fernanda Riquelme

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Mendoza.

fernandarique77@hotmail.com

Mesa temática: Mesa N° 7: Capitalismo, formas de sujeción y dinámicas políticas en las teorías críticas contemporáneas

Área de conocimiento: Sociología Política

Palabras clave: hegemonía-lógica de la equivalencia- lógica de la diferencia-antagonismos- populismo-teorías críticas.

Resumen: El uso de las teorías críticas fue acuñado en un momento histórico haciendo referencia a las teorías gestadas en la Escuela de Fráncfort¹, posteriormente se produjo una generalización de su nominación hacia otras escuelas o corrientes teóricas.

Las teorías críticas actuales se nutren del marxismo como también de otras corrientes como el postestructuralismo². Entendemos por teorías críticas “las teorías que ponen en tela de juicio el orden social existente de manera global” (Keucheyan, 2010: 6).

La pretensión de categorizar cuerpos teóricos tiene como objeto circunscribirse a un proceso mental que posibilite el entendimiento del contexto de producción teórica, las

¹ La escuela de Fráncfort además de representar un espacio físico de un grupo de intelectuales reunidos en Alemania a partir de 1920, simboliza el núcleo de gestación de las denominadas teorías críticas. Los intelectuales reunidos en esta escuela, por citar los nombres más renombrados, fueron: Theodor Adorno y Max Horkheimer. Con el advenimiento del fascismo la escuela se vio obligada al exilio. El texto más representativo es la “Dialéctica del Iluminismo” en el que se plasma una crítica al marxismo y a determinadas teorías (el idealismo de Hegel) no solo como sustento teórico sino como praxis.

²El postestructuralismo es el nombre de una corriente filosófica posterior y como interpelación del estructuralismo. Tiene sus orígenes en Francia en la década del '60, sus fuentes principales son la lingüística, la filosofía y el psicoanálisis. Entre los principales pensadores del postestructuralismo podemos mencionar a Jacques Lacan, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, entre otros. A diferencia de la escuela de Fráncfort, no se agrupan o nuclean en un espacio institucional común. Asimismo, no todos los intelectuales denominados como postestructuralistas se reconocen como tales.

condiciones de su producción, los interlocutores intelectuales con los que dialoga, etc. En suma, cuando comprendemos determinados mapas conceptuales, éstos nos habilitan a una cosmovisión epistemológica más profunda, es decir, a interpretar la concepción del sujeto, la relación con las estructuras, el lugar ocupado por la acción, entre otros. Estos interrogantes marcan el análisis de los estudios sociológicos y de las teorías tanto clásicas como contemporáneas.

Introducción:

Este trabajo se inscribe en un proyecto más amplio de investigación de mi tesis de maestría titulado: “Lógicas de participación, las experiencias de dos organizaciones kirchneristas en la provincia de Mendoza (2008-2015)” dirigido por la Dra. Graciela Inda y co-dirigido por la Dra. Ana Natalucci. Dicha tesis es la instancia final para la culminación de la Maestría en Estudios Latinoamericanos cursada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional de Cuyo-. El tema que analizo es la posible relación entre determinadas o específicas lógicas de participación política en organizaciones kirchneristas con la coexistencia de otras lógicas propias de los movimientos sociales en estas organizaciones. Este desarrollo es comprendido en el marco de un contexto regional en el cual los tipos de regímenes de los países han marcado un estilo de gobierno, de conducción política y de nuevas organizaciones partidarias.

Durante las últimas décadas, las teorías acerca de los movimientos sociales en América Latina han pretendido explicar los vínculos entre dichos movimientos y las instituciones políticas, en relación con los cambios de regímenes, de modelos estatales y con respecto a la configuración de determinados partidos políticos de masas. En dicho trabajo nos preguntamos por las lógicas de participación política vinculadas a la participación política específicamente partidaria junto a otras lógicas propias de los movimientos sociales en determinadas organizaciones kirchneristas inscriptas en el campo nacional y popular. En el estudio del arte abordamos por una parte, las teorías de los movimientos sociales para poder comprender ciertas variables y, por otra, otras teorías que nos posibiliten la comprensión de las lógicas de participación partidaria. En este último punto, abordamos los aportes del politólogo argentino Martín Retamozo, quien retoma el análisis de Ernesto Laclau sobre populismo para analizar distintos tipos de lógicas. Es aquí el punto en común: Ernesto

Laclau. En palabras del autor: “Nuestro intento no ha sido encontrar el verdadero referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político”. Laclau (2005).

Por otra parte, este trabajo se inscribe en un proyecto más amplio de un equipo de investigación, titulado: “Masas populares y poder político en el pensamiento crítico contemporáneo”, dirigido por la Dra. Graciela Inda en la Universidad Nacional de Cuyo. En dicho trabajo nos interrogamos sobre la emergencia de las teorías críticas, su desarrollo, y cómo éstas han abordado al capitalismo como modo de producción, a las formaciones sociales y a las distintas coyunturas. En suma, cómo desde estas teorías se ha interpretado a las masas populares a partir de la crisis del marxismo hasta la época actual. En este proyecto se desarrollan diferentes pensamientos políticos/sociales de autores críticos y sus diferencias y puntos en común como: masas populares, partidos de masas y Estado.

“En abierta polémica con los postulados básicos de lo que denominan la ortodoxia marxista (el reduccionismo de clase, la visión coercitiva o manipuladora de la hegemonía, la concepción instrumental del Estado y la consideración de la política como centrada en el enfrentamiento y no en la articulación), Laclau y Mouffe introducen a fines de los ochenta los conceptos de contingencia, antagonismo y hegemonía (que re-elaboran a partir de Gramsci) para afirmar que ninguna estructura social está totalmente cerrada, que la indeterminación y apertura de lo social son las características constitutivas de las sociedades capitalistas avanzadas y que las prácticas políticas se fundan en la multiplicación de los antagonismos sociales y en la diversificación de los focos de resistencia, no en las posiciones de clase. Además, y esto es central en la perspectiva que proponen, para que haya prácticas articuladoras que den lugar a operaciones hegemónicas, tiene que haber necesariamente significantes flotantes o vacíos. Todas las identidades políticas se definen relacionamente y constituyen construcciones discursivas contingentes y precarias” (Inda, 2016).

1. Marxismo, estructuralismo y postestructuralismo. Aproximación a la constitución de las Teorías Críticas.

Las diferencias entre estas teorías estriban en la centralidad otorgada al sujeto o a las estructuras sociales. En el seno del marxismo, las estructuras fueron condicionantes de la clase obrera a la cual se le atribuía el potencial emancipador. Este proceso teórico iniciado en el s. XIX se construye a la par del crecimiento del movimiento obrero. Asimismo, con los cambios históricos de mediados del siglo XX surgen nuevos interrogantes acerca de la presunta emancipación de la clase obrera.

El uso de las teorías críticas fue acuñado en un momento histórico preciso al identificarlas con las teorías producidas en la escuela de Fráncfort, posteriormente se produjo una generalización hacia otras escuelas o corrientes teóricas como las posestructuralistas. Las teorías actuales nombradas como Teóricas Críticas se nutren de corrientes teóricas como el marxismo, el estructuralismo, el postestructuralismo, etc. Lejos de intentar una conceptualización cronológica ni descriptiva de cada una de ellas, en este ensayo contextualizaremos el marco emergente de alguna de ellas, para luego profundizar en el autor seleccionado. Consideramos que, en primer lugar, es importante definir a qué hacemos referencia cuando mencionamos las teorías críticas. Entendemos por éstas: “las teorías que ponen en tela de juicio el orden social existente de manera global”. (Keucheyan, 2010: 6).

El sujeto de las teorías críticas ha sido desde su teoría madre -el marxismo- “la clase obrera emancipadora” anclado a las columnas de un poderoso movimiento sindical. Aunque podemos mencionar, que la clase obrera, como tal, no fue comprendida de la misma forma por los escritos de los alemanes Karl Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895) como en el del filósofo francés Louis Althusser (1918-1990) o Antonio Gramsci. Estas diferencias de concepciones pueden atribuirse a los sucesos históricos mundiales, principalmente los acaecidos en Europa, vinculados a hechos que configuraron una multiplicidad de voces y actores. En estos procesos, podemos mencionar la caída del Muro de Berlín en 1989 como un hito que puso sobre el tapete las discusiones sobre los socialismos reales y el avance del sistema capitalista como formación social dominante.

A continuación introduciremos brevemente una síntesis, sin pretender profundizar en las aristas de las teorías críticas sobre el desarrollo de las mismas. Estas tuvieron su epicentro en Europa occidental y oriental, luego, por diversos sucesos, se trasladó su producción a otro continente, específicamente en Estados Unidos de Norteamérica. Uno de estos motivos estuvo vinculado al auge de las universidades norteamericanas como centros de estudios, sitios de anclaje para los intelectuales europeos, ya fuera por razones políticas o por contratos laborales, destinando las mismas un importante presupuesto a la investigación, a salarios docentes y a la producción escrita de intelectuales de diversas regiones, quienes se vieron interesados en asentarse en dichas universidades.

Cuando hacemos referencia al marxismo tenemos en cuenta la producción de Marx y de Engels, “marxismo clásico”, como los desarrollos posteriores de Karl Kautsky (1854-1938), Lenin (1870-1924), Rosa Luxemburgo (1871-1919) y Otto Bauer (1881-1938), contextualizados a partir de los procesos industriales ingleses de 1850, pasando por hitos revolucionarios como la Comuna de París, nutriéndose de las huelgas en Alemania y la revolución Rusa de 1917. El legado de estos autores fue nodal para las posteriores teorizaciones, denominado “marxismo occidental”, gestado por los intelectuales y activistas Georg Lukács (1885-1971), Antonio Gramsci y, continuado por Louise Althusser, Adorno, Jean-Paul Sarte (1905-1980), entre otros. Este “marxismo occidental” se gestó en un periodo muy diferente al anterior, principalmente en el marco de una mayor estabilidad del sistema capitalista como sistema económico y, con la consolidación de la URSS como “socialismo real”. Posteriormente, a la caída del Muro de Berlín y, al derrumbe de los socialismos reales, emergen las teorías críticas más actuales, sobre todo las vinculadas al postestructuralismo.

Uno de los principales dilemas en la producción de las teorías críticas ha sido en lo referente a la comprensión del sujeto otrora considerado por el “marxismo clásico” y el “marxismo occidental” como representante de la clase emancipadora: el proletariado. Esta pregunta teórica estuvo acompañada de sucesos históricos que marcaron un quiebre con épocas pasadas: la crisis del petróleo de 1973, la llegada al gobierno de la ultra derecha con representantes como Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en Estados Unidos, la socialdemocracia francesa en la década del '70, la rigidez de la Unión Soviética y las

purgas de Stalin, etc. Este período es denominado por Razmig Keucheyan como “proceso de reflujo”, el cual tiene su punto más crítico a partir de la caída del Muro de Berlín en 1989. Así, siguiendo a Keucheyan, “las teorías críticas actuales son herederas del marxismo occidental, aunque esto no significa, por supuesto, que hayan recibido únicamente la influencia del marxismo puesto que son el producto de múltiples filiaciones, algunas de ellas ajenas al marxismo”.

De esta forma, podemos sintetizar que el marxismo como cuerpo teórico y también como anclaje de una perspectiva política se extendió desde la segunda mitad del siglo XIX hasta los años ´70, cuando por diferentes procesos políticos y económicos, mencionados en el párrafo anterior, se produce un declive del mismo, emergiendo otras teorías como el estructuralismo.

Keucheyan denomina “nueva izquierda” a las teorías que surgen como producto de la crisis del movimiento sindical y de los partidos políticos de masas. Dicho autor ubica al “estructuralismo” dentro de las teorías críticas, extendiéndose desde la década del ´60 hasta fines de los ´70 y lo caracteriza como cuerpo teórico que no estuvo vinculado ni a los partidos políticos ni a los fenómenos de masa. El estructuralismo, al igual que el marxismo, es sustento teórico de las actuales teorías críticas; ambos son cuerpos teóricos complejos que postulan una concepción que abarca la economía, la sociedad y la política. El estructuralismo se nutre de los desarrollos teóricos de la lingüística postulados por Saussure. Por otro lado, Levi-Strauss da un paso más allá utilizando las estructuras del lenguaje para interpretar los modos de parentesco. Posteriormente, con el postestructuralismo hay cierta “renuncia a concebir al lenguaje como una estructura estable y se atribuye una importancia cada vez mayor a la contingencia” (Keucheyan, 2010: 67).

Una de las características del posestructuralismo es la diversificación del sujeto emancipador otrora considerado como clase obrera por el marxismo. El sujeto de la modernidad es cuestionado por la fragmentación de demandas, la multiplicidad de colectivos, la bifurcación de las luchas, etc. Si bien el lenguaje se configura a partir de la subjetividad, no se expresa en un sujeto emancipador universal sino en sujetos múltiples. El contexto que enmarca estas teorías es comprensible por acontecimientos como el estallido

social en Francia, el Mayo francés (1968), el cuestionamiento a los partidos políticos, a los sindicatos y a las estructuras y formas tradicionales de hacer y pensar la política.

En suma, en el marco de los sucesos políticos de las distintas regiones, el marxismo tuvo repercusiones variadas, en función de lo que acontecía en cada contexto. En Argentina por ejemplo, los intelectuales tuvieron una influencia del marxista italiano Antonio Gramsci. El peronismo como fenómeno político ha tenido y tiene numerosas interpretaciones de acuerdo a la visión que se tenga del mismo.

El peronismo tuvo sus orígenes en 1946 a partir de la presidencia del General Juan Domingo Perón hasta su segunda presidencia interrumpida en 1955 por la autodenominada “Revolución Libertadora”. Asimismo, el peronismo como movimiento político de Argentina sucede enmarcado en un contexto Latinoamericano nombrado como “populismos clásicos”: la presidencia de Getulio Vargas en Brasil durante 1939 a 1945 -el Estado Novo- y Lázaro Cárdenas en México durante 1934 a 1940. Lo que tuvieron en común como rasgo de la época fue el desarrollo del Estado a nivel económico con una mayor intervención, en lo político y en lo social, en un modelo estatal denominado keynesiano (“populismos de Estado”).

En el caso de Argentina, ciertos intelectuales marxistas estuvieron influenciados por el italiano Antonio Gramsci, al intentar buscar herramientas teóricas que les permitieran analizar al peronismo como proceso político. Uno de los intelectuales argentinos que se nutrió de las categorías de Gramsci para su producción fue el filósofo Ernesto Laclau en sus estudios sobre “populismo”. Los trabajos y estudios sobre el italiano Antonio Gramsci están materializados en grupos de estudio y publicados en revistas a partir de la llegada al país de los “Cuadernos de la Cárcel”, que fueron compilados, editados y traducidos al castellano. Uno de los grupos de estudio se nuclea en la revista “Pasado y Presente”, fundada en 1963, liderada por los intelectuales argentinos José Arico y Juan Carlos Portantiero.

Uno de los intelectuales argentinos influenciado por la lectura de Gramsci fue Ernesto Laclau, en cuya teoría basaremos este trabajo.

Ernesto Laclau nace en Argentina, Buenos Aires, en 1935. Estudia Historia en la Universidad de Buenos Aires y se radica en Estados Unidos donde realiza su carrera de investigador y docente. Escribe numerosas obras en las que tiene como interlocutor intelectual al marxismo. En sus construcciones teóricas apela a la lógica y a la lingüística y se inscribe en las teorías del discurso. Sus obras más reconocidas son “Hegemonía y estrategia socialista” (1985) la cual escribe junto a la politóloga belga Chantal Mouffe, en la cual brinda una clara definición sobre el estructuralismo y su derivación en postestructuralismo. Laclau cuestiona la postura de Saussure, para quien la lengua es un sistema cerrado, donde el significado de un término se entiende en relación con otro término a partir del análisis de posición, por lo que se reduce a un sistema cerrado en el cual sólo se puede determinar el valor de cada término: “la crítica al estructuralismo se llevó a cabo en ruptura con esta concepción del espacio estructural como espacio plenamente constituido...la concepción resultante fue la de un espacio relacional que no logra, sin embargo llegar a constituirse como tal, de un campo dominado por el deseo de una estructura que está siempre finalmente ausente. El signo es el nombre de una escisión, de una imposible sutura entre significado y significante” (Laclau, 1985:192). Tiempo después, y con otras obras de su autoría, se publica en el año 2005 su obra “La razón populista” (2004). Estas dos obras son las que desarrollaremos en este trabajo.

Keucheyan califica la obra de Laclau, junto al filósofo esloveno Slavoj Žižek y a la filósofa estadounidense Judith Butler como a los “teóricos innovadores”. Las producciones de Laclau entran en debate con estos dos autores: Žižek, quien construye sus aportes teóricos desde el marxismo y el psicoanálisis y Judith Butler, considerada como la teórica del colectivo LGTTB (Lesbianas, gays, travestis, transexuales y bisexuales) y creadora de las “teorías queer”. Para Laclau, puntualmente, su interlocutor intelectual es el marxismo donde retoma la concepción gramsciana de hegemonía siendo, también influenciado por el postestructuralismo, principalmente por el psicoanalista francés Lacan. El trabajo académico e intelectual que realiza Laclau en torno a la noción de populismo es sin duda de alcance regional e internacional. El autor de procedencia argentina, logra posicionarse en las universidades anglosajonas sin perder de vista temas de interés nacional y regional. Sin pretender simplificar el trabajo de otros autores sobre populismo, Laclau ha sido quien definitivamente ha realizado un gran aporte al tema como teoría crítica.

2. Una noción no esencialista del sujeto:

Las teorías críticas se interrogan por el sujeto emancipador, en ellas está la búsqueda del o los sujetos de las transformaciones sociales, de los nuevos procesos emergentes y de las actuales estructuras políticas. En el caso de Laclau, quien se diferencia consustancialmente del marxismo en este punto, identifica y define al “pueblo” como el sujeto emancipador, presentando así un punto de diferenciación con el marxismo, para quien el proletariado como clase social es el sujeto revolucionario del capitalismo. En relación a la concepción del sujeto emancipador podemos mencionar que fue en la modernidad donde se configuró al sujeto como un sujeto racional y pensante, simbolizado en la célebre frase de Descartes, “pienso, luego existo”. Con el advenimiento de los cuestionamientos a las instituciones y a la racionalidad modernizante, este sujeto racional es relativizado en algunos aspectos. Los procesos históricos como la Segunda Guerra Mundial, las cámaras de gas utilizadas por los nazis y los campos de concentración, conducen a que los filósofos y pensadores de la década del '60 y '70 cuestionen la racionalidad emancipadora del sujeto moderno, y el siglo de las luces como verídica modernización ascendente y progresiva.

El posestructuralismo considera al sujeto un ser “descentrado” (Keucheyan, 2010:261). El desarrollo en el psicoanálisis de temas como la función del inconsciente, la subjetividad del lenguaje como forma de comunicación, fue un proceso de ahondar sobre los mares profundos del inconsciente: “el sujeto se percibe como una función del lenguaje” (Derrida, 1985). Este es el marco en el que se contextualiza una búsqueda de otros sujetos, de otras formas de comunicación y de otras racionalidades o irracionalidades.

Keucheyan hace alusión a la teoría de Laclau como “*teoría del antagonismo*”, entendido como *lo que constituye el fundamento y el límite de lo social*” (2010:336).

Laclau perteneció al Partido Comunista argentino, de allí que en sus producciones teóricas su interlocutor intelectual sea el marxismo, visibilizado a partir de su influencia gramsciana, pero ello no hizo que se circunscribiera solamente a este cuerpo teórico sino que en sus producciones se nutren de otras corrientes, como la estructuralista y las teorías del discurso, en ello es que se visualiza su relativismo conceptual, entendiendo que el lenguaje adquiere el significado de quien lo recibe.

La intención de diferenciarse de la “clase” como eje articulador del movimiento obrero y núcleo aglutinador identitario, adquiere relevancia en movimientos heterogéneos que pretenden distanciarse de la clase obrera y profundizar en sus diferencias, constituyéndose así movimientos con múltiples actores y demandas. En las teorías críticas el sujeto no es la clase obrera emancipadora sino que emergen diferentes sujetos anclados a su constitución identitaria. En este marco, Laclau realiza un cuestionamiento a la centralidad de las teorías marxistas, mencionando una “crisis del marxismo” posterior a la Segunda Internacional Socialista. La “subversión” de las categorías del marxismo clásico estuvo ligada al proceso de desarrollo desigual del capitalismo, siendo la hegemonía una categoría no histórica donde el sujeto no está pre-fijado a una sustancia ya dada sino que se construye en lo relacional.

Laclau corre el eje de la clase como sujeto emancipador al concepto de voluntades colectivas (construido por Antonio Gramsci) en una concepción no “esencialista” de los sujetos, es decir, al no tener una esencia particular, analiza relaciones y no sujetos. Por ello el antagonismo es su propuesta fundamental debido a que no son sujetos que interrelacionan o estructuras que condicionan o determinan sino que existen relaciones que se construyen en vinculaciones mutuas. Esto último lo diferencia de la concepción gramsciana de sujeto que es esencialista. El sujeto está pre-concebido como actor de la emancipación de la clase obrera: “no hay ningún elemento a priori que permita determinar dónde va a aparecer el antagonismo. Este puede construirse en cualquier parte” (Keucheyan, 2010:340). Laclau formula una crítica al “esencialismo” de la filosofía clásica, “el rechazo de la metafísica de la presencia que había constituido la piedra angular del pensamiento filosófico tradicional” (Laclau, 1985: 4).

Agrega: “los sujetos políticos no son clases, en el sentido estricto, sino que son voluntades colectivas complejas; del mismo modo, los elementos ideológicos articulados por una clase hegemónica no corresponden necesariamente a una clase”. Siguiendo el análisis de Keucheyan, podemos mencionar que las voluntades colectivas son “contingentes”, es decir, no están predeterminadas por los intereses socio-económicos, sino que se forman en las luchas sociales concretas a partir de correlaciones de fuerzas. Los actores de las formaciones hegemónicas pueden ser partidos políticos, sindicatos y colectivos que

construyen su identidad en el momento de la lucha. La diferencia estriba, para Laclau, en la concepción de hegemonía en Gramsci, quien introduce la idea de que las clases no deben permanecer en la lucha de sus intereses corporativos sino que debe haber una amplitud en la defensa de los intereses. Es para Laclau el teórico que puede ampliar lo que él considera una visión sesgada y reduccionista del marxismo en cuanto a la conducción de una sola clase y el concepto que posibilita empezar a llenar este vacío es el de “hegemonía”. Gramsci introduce la idea de que la hegemonía será conducida a partir de un “plano moral e intelectual”, lo que significa incluir aspectos de la superestructura. Para Laclau el que sean “valores” más que “intereses” (como era para Lenin), posibilita el tránsito de un análisis “militarista” a uno que incorpora a la “identidad”.

La categorización de Gramsci sobre hegemonía es para Laclau un puente hacia poder descentrar la noción de sujeto. Si bien Gramsci amplía la noción marxista de clases sociales, relacionándola con la de hegemonía, continúa considerando a las clases sociales como sujeto histórico y al proletariado como emancipador. Por el contrario, Laclau destaca la necesidad de ir “más allá del marxismo tradicional” y “deconstruir” la noción de clase social. La concepción de clase alude a la “unidad de posiciones de los diferentes agentes”, pero en la actualidad esta noción de clase es cambiante debido a la precariedad de la mencionada unidad. (Laclau, 1985:5).

Este cuestionamiento a la esencia lo lleva a preguntarse por la identidad de este sujeto, cómo se constituye, en relación a qué, cuáles son sus características, etc. Este interrogante sobre el sujeto o los sujetos es característico de las teorías de los años ´70 y ´80, de allí su categorización como teorías de la identidad o teorías orientadas hacia la identidad. Las teorías de la identidad no son un cuerpo homogéneo, ni se circunscriben en una misma corriente teórica, sólo comparten la característica de interrogarse sobre ciertos aspectos que definen a los sujetos.

La lectura de Laclau sobre la identificación del sujeto en relación al marxismo la circunscribe a los aspectos de la infraestructura, vinculando la concepción marxista a las variables económicas debido a que identifica a la clase a partir del lugar ocupado en la cadena productiva y en función de las fuerzas productivas. El filósofo argentino realiza un análisis detallado de la configuración del sujeto a partir del marxismo clásico en relación a

la infraestructura. Si bien aborda algunos aspectos de la superestructura, como los partidos políticos o las huelgas de masas, siempre éstos son reducidos al análisis económico. Los autores del marxismo occidental no son desarrollados por Laclau en su análisis constitucional del sujeto, si bien hubo marxistas como Althusser que desarrollaron los aspectos de la superestructura. En suma, es por ello que aunque intenta aproximarse al marxismo con los estudios de Gramsci sobre superestructura, y su noción de voluntades colectivas, se diferencia radicalmente cuando define al sujeto como no esencialista, debido a que renuncia a la idea que sustenta que existen elementos a priori que identifican a los sujetos. En contraposición considera que son las relaciones las que contribuyen a configurar identidades, desapareciendo, de esta forma, la naturaleza objetiva del sujeto.

Para Laclau no hay significados pre-fijados, es decir, que no se pueden fijar significados absolutos ni últimos. Este relativismo lo aleja de los conceptos abstractos y universales del marxismo como el de modo de producción, formaciones sociales y coyuntura. Aunque expresa que debe referirse a conceptos parciales, por lo cual se aproxima a la categoría de formaciones sociales.

La frase que sintetiza el pensamiento laclausiano es que el sujeto está definido en relación a sus posiciones en el interior de una categoría discursiva.

3. Críticas al marxismo “clásico” y la propuesta de Laclau:

El filósofo argentino considera que existe una crisis en el marxismo clásico y que es imprescindible la construcción de cuerpos teóricos que permitan comprender los procesos actuales. Las consecuencias de los socialismos reales pusieron en contradicción los postulados teóricos del marxismo: la invasión de los tanques soviéticos a Praga, las guerras en Corea y en Vietnam, entre otros, son hechos visibles de la crítica necesaria a las vías que condujeron al socialismo. El autor denomina a este proceso como “crisis del marxismo”, observable a partir de la Segunda Internacional Socialista, produciéndose una mecanización de las categorías teóricas al circunscribirlas a los conceptos de la infraestructura. Otra característica que Laclau observa en las corrientes marxistas a partir de la Segunda Internacional ha sido la tendencia a la abstracción de las categorías concretas con el objeto de otorgarle un sentido único y universal a la historia.

De esta forma, las condiciones materiales de cada formación social son generalizables en abstracciones que permiten hacer coincidir la práctica con la teoría. Este es el cuestionamiento que hace el autor al marxismo con respecto a la concepción revolucionaria del proletariado como aspecto inherente a su constitución y la tendencia a la unidad de la clase obrera por su pertenencia de clase. Es aquí donde analiza las formas de la unidad entre la lucha económica y la lucha política y como esta unidad se explicitó a partir del desarrollo del capitalismo en la historia.

También hay que mencionar que Laclau toma como referente en su diálogo teórico al marxista Kaustky, quien fue criticado dentro de la dirigencia política de la época por sus conceptos en la Segunda Internacional. A la mencionada concepción Laclau contrapone la noción de guerra de posiciones de Gramsci, la cual presupone el concepto de hegemonía, finalmente incompatible con la concepción de desarrollo lineal y predeterminado de Kaustky. Laclau entabla un diálogo en “Hegemonía y Estrategia socialista” con la corriente “ortodoxa” del marxismo, asimismo, no entraremos en debate acerca de algunas nociones un tanto reduccionistas por parte del autor sobre el concepto de infraestructura como determinante en última instancia de la esfera económica. A pesar de lo mencionado anteriormente, también hace un esfuerzo en recopilar algunos autores que profundizan la superestructura, haciendo alusión a que solamente con la infraestructura no se comprenden ciertos conceptos en su totalidad.

Igualmente, pese a lo mencionado en el párrafo anterior, el análisis del marxismo economicista es el que predomina en el recorrido de los pensadores analizados en su primera obra. Considera que dicho análisis se sustenta en la infraestructura debido a que en el contexto de producción existía un preconcepto generalizado sobre el desarrollo de la esfera económica en el capitalismo, el cual explicitaría por sí mismo otras variables. Todo lo cual trae aparejado que hubo una tendencia a diluir el análisis de las “especificidades”. Sintetiza el autor su perspectiva sobre el marxismo ruso en esta frase: “la teoría marxista no puede, en consecuencia, ser el sistema complejo y armonioso del mundo que Plejánov nos presentaba y que sólo es pensable en un modelo cerrado. El dualismo necesidad/contingencia abre así paso a un pluralismo de legalidades estructurales cuya lógica interna y relaciones mutuas es preciso determinar” (Laclau, 1985: 53). La unidad de

clase estaría dada, para él, por las características de la infraestructura, dejando a las identidades nacionales como explicaciones de la superestructura.

La unidad de clase no es sino un momento político donde se entremezclan la estructura y la superestructura. Para el autor el economicismo es superado solamente en la teoría gramsciana, a pesar de los esfuerzos realizados por el revisionismo, que consistiría en la autonomía de lo político. Con el desarrollo del capitalismo, las características de la tecnología y la innovación produjeron una jerarquización y fragmentación de las funciones y tareas de la estructura productiva, lo que conllevó a subdivisiones de las fuerzas productivas y, por ende, de los colectivos organizados de la clase obrera. Esto debilitó los procesos de identificación en torno a una misma posición de clase. En este contexto, es imprescindible desarrollar la autonomía de las variables políticas por sobre las económicas. Asimismo, el desarrollo de un Estado democrático garante de derechos fragmentó la unidad del movimiento obrero, adquiriendo diversas posiciones con respecto al socialismo y la estrategia revolucionaria.

Finalmente, y como corolario de sus críticas al marxismo, coloca en tela de juicio las tesis centrales: en primer lugar, cuestiona la tendencia a la encapsulación de la economía y el endogenismo de sus leyes, y la aparente “neutralidad” de las fuerzas productivas; en segundo lugar, la posición de las relaciones de producción como nexo con las fuerzas productivas y en tercer lugar, la posible unidad de clase o proyecto de clase solamente por ocupar objetivamente un mismo lugar en la cadena productiva. Con este cuestionamiento al marxismo que inicia en “Hegemonía y Estrategia Socialista” se distancia ampliamente de esta corriente e intenta demostrar con deducciones lógicas cuáles son los fundamentos de su distanciamiento. Postula la “ficción” de considerar a la fuerza de trabajo como mercancía debido a que de ser así tendría como el resto de las mercancías valor de uso y valor de cambio y no necesitaría producir valor en sí.

En consecuencia, arriba a la necesidad de construir una radicalización democrática en el marco de una sociedad pluralista e igualitaria e interpreta la multiplicidad de actores y fenómenos producidos en la década del '70 como, a saber, los movimientos ecologistas, el feminismo, movimientos étnicos y de diversidad sexual, emergentes de una pluralidad de voces. “Esto nos ha conducido a redefinir el proyecto socialista en términos de una

radicalización de la democracia como articulación de las diferentes formas de subordinación –de clase, de sexo, de raza, etc-. Esta democracia radicalizada y plural que proponemos como objetivo de una nueva izquierda se inscribe en la tradición del proyecto político “moderno”, formulado a partir del Iluminismo e intenta prolongar y profundizar la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas del siglo XIX y que debe ser extendida hoy a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado” (Laclau, 1985: 6).

En relación a los procesos hegemónicos, considera que en los de mayor desarticulación, donde emerge la división social, hay ciertos factores que se articulan como condición de emergencia de toda identidad política. “Y al mismo tiempo nos muestra lo vano de la aspiración de la lucha de clases de modo automático y aporístico, en el fundamento de este principio”. Es decir que para él las condiciones de división social no significan en si la interpretación y acción de la lucha de clases sino más bien la representación de una masa amorfa no organizada, el “pueblo” (en el sentido de plebs y no de populus)³ que predomina en la democracia moderna del siglo XVIII en adelante.

4. Algunos aportes a la teoría de discursos:

Laclau construye sus categorías en el marco de la teoría de discursos; de allí que propone algunas de sus categorías de análisis que lo acompañan en sus planteamientos teóricos. Todo elemento es parte de la estructura discursiva que viene simbolizando a la totalidad, es decir, ningún elemento está por fuera de la estructura discursiva. Con respecto a las teorías del discurso aclara que no debe entenderse por ellas ni la dicotomía realismo/idealismo, donde lo real es parte de lo material y lo discursivo de lo ideal, ni que el discurso tenga un carácter mental sino que toda estructura discursiva tiene también un carácter material. Finalmente, que las formaciones discursivas no tienen base ideal sino material debido a que se materializan en instituciones, prácticas, rituales, etc. En conclusión, los discursos tienen existencia objetiva y no dependen de la experiencia o la conciencia del sujeto.

En primer lugar, hace alusión a que la sociedad en sí misma no existe como un todo cerrado ni acabado sino que es parte de un campo discursivo. Para que haya un posible

³ “populismo: una plebs que reivindica ser el populus...que no excluye toda noción de antagonismo o división interna” (Lacalu, 2005).

entendimiento existen puntos nodales que son los acuerdos o los sentidos comunes a los significantes. Lo social esta colmado de distintos significados que lo desbordan.

5. La noción de hegemonía:

La hegemonía es un concepto “estratégico” en el marxismo clásico que hace alusión a las alianzas establecidas entre fracciones del proletariado y otras fracciones de clase en función de los intereses del proletariado. Laclau realizó una genealogía del término hegemonía, utilizado en la socialdemocracia rusa donde fue acuñado en referencia a “un área limitada de efectos políticos, aludía a un tipo de intervención contingente requerida por la crisis o el colapso de lo que hubiera sido un desarrollo histórico normal”. Posteriormente, con el desarrollo teórico del leninismo, se circunscribe al “cálculo político requerido por la contingencia de las situaciones concretas en las que se verificaba la lucha de clases en la era imperialista” y finalmente, para Gramsci, concepción a partir de la cual, Laclau iniciará su propio desarrollo teórico sobre hegemonía, “trasciende su sentido táctico y estratégico, es el concepto clave para la comprensión del tipo mismo de unidad existente en toda formación social concreta”. (Laclau, 1985:16).

En un primer momento fue acuñado por el teórico ruso Plejanov para quien, “la impotencia de la burguesía rusa para llevar a cabo las que hubieran sido sus tareas normales de lucha por la libertad política, obligaba a la clase obrera a intervenir decisivamente en la realización de las mismas”. Para Laclau es el inicio de una división entre la clase que debía cumplir determinadas tareas y aquella que tenía los recursos reales para llevarla a cabo, más precisamente “hay una escisión entre la naturaleza de clase de la tarea y el agente histórico que ha de llevarla a cabo”. Hegemonía es definida por la socialdemocracia rusa como “un espacio dominado por la tensión entre dos relaciones muy diferentes: a) la relación entre la tarea hegemonizada y la clase que es su agente “natural”, y b) la relación entre la tarea hegemonizada y la clase que la hegemoniza”. (Laclau, 1985: 85). Para Laclau esta lectura fácilmente comprensible en la historia de Rusia y en el camino hacia su revolución hubo una clara asunción de tarea consideradas como propias de cada clase por el marxismo clásico. En la revolución rusa se observa la debilidad de la burguesía como clase, el crecimiento del proletariado y del campesinado lo cual facilita la construcción de ese “relato” en el que cada “personaje” encaja con su tarea o rol. Es por ello que el autor

considera que a partir de este análisis se sintetiza o se pretende generalizar una revolución hacia otros contextos o regiones. Es decir, hay un reduccionismo esencialista que se encarna en la constitución del proletariado como sujeto revolucionario y se universaliza en un análisis abstracto sin acondicionarlo a las diversas coyunturas históricas, distanciadas de la Rusia imperialista y su revolución campesina.

El autor analiza la construcción del término hegemonía en el marxismo, distinguiendo en él el uso del término “clase” del de “masas”. En relación al primero, durante la democracia los sujetos que se identifican a partir de su constitución no conforman alianzas de clases. De forma contraria, dicha alianza de clases es identificada como “masa”. Por lo cual, para el autor se produce una escisión entre la identidad de “clase” y la identidad de “masas”, en el mismo momento que “un actor limitado –la clase obrera- era elevado al rango de clase universal” (Laclau, 1985: 98). La identidad popular de masas es distinta y más amplia que la identidad de clase. La identidad de clase está vinculada a las prácticas autoritarias que trae aparejada la asociación entre tareas a realizar y quién es la clase portadora la que debe liderar esas tareas. Este análisis es realizado tanto por Lenin como Trotsky y será reelaborado por Laclau en la categoría de hegemonía.

La construcción hegemónica para Laclau es una articulación hacia prácticas democráticas en las que no hay una clase única que debe desarrollar una tarea. Por ello, introduce la concepción de intereses de masas y la contrapone al de interés de clase. El aspecto autoritario radica en asimilar a un partido político determinado, que para Lenin es el partido comunista, representante de una clase o de la clase proletaria. Distingue el reduccionismo de la Segunda Internacional de los desarrollos posteriores que comienzan a incorporar el análisis de “pueblo” que había sido desdeñado por los teóricos de la Segunda Internacional. Laclau contrapone por un lado las alianzas de clase con “intereses” comunes propios de prácticas democráticas (lógica equivalencial); y por el otro, la hegemonía de una sola clase que es la conductora de la revolución; a ésto último lo considera antidemocrático y autoritario.

Estas son algunas de las conclusiones que aduce Laclau en su adscripción al concepto de Gramsci sobre voluntades colectivas. Aunque para el marxismo la “identidad” no fue un tema de análisis como tal, “...ni los sujetos políticos son para Gramsci “clases” –en el

sentido estricto del término-, sino voluntades colectivas complejas; ni los elementos ideológicos articulados por la clase hegemónica tienen una pertenencia de clase necesaria”. Pese a ello, el cuestionamiento que realiza Laclau a Gramsci es que no logra superar el dualismo marxista debido a que si bien hay una relación de articulación entre las clases, debe existir un elemento unificador interclases en las prácticas hegemónicas. En síntesis, la crítica sustancial que realiza Laclau al argumento sobre la construcción del sujeto para el marxismo es acerca del economicismo. Lenin sostiene que el proletariado es quien conduce la alianza de clases y Gramsci que el bloque hegemónico es liderado también por el proletariado. Laclau cuestiona el determinismo de la conducción del proletariado cualquiera sea la circunstancia histórica, pero entonces ¿qué es lo que está analizando?, ¿no es acaso ésto el núcleo central del marxismo? El cuestionamiento que hace el autor al marxismo es sustancial, de allí que se distancie significativamente su análisis al exponer la siguiente conclusión lógica: las fuerzas productivas no son en sí la contradicción dentro del sistema capitalista por lo que por sí mismas o “naturalmente” no son el germen del desgaste del sistema. Podemos sintetizar que, el análisis de Laclau no contempla las estructuras ni se centra en ellas sino que busca en el marxismo respuestas para un análisis de la acción.

Si la hegemonía debe ser comprendida como articulación, el filósofo entiende por *articulación* a “toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos discurso”. (Laclau 1985:170). Entiende como estructura discursiva: “no es meramente una entidad cognoscitiva o contemplativa; es una práctica articuladora que constituye y organiza a las relaciones sociales” (Laclau, 1985: 162). La estructura discursiva es para el autor su sujeto de análisis; es siempre contingente y se asemeja al concepto de formación social, al mismo tiempo que se distancia del modo de producción. ¿Por qué al de formación social? Porque el análisis no puede partir de conceptos abstractos absolutos sino que debe ser situado, de ahí la inclusión de la articulación y de la contingencia.

Para que una situación sea hegemónica deben estar presentes elementos flotantes y posibles relaciones de articulación en un campo discursivo opuesto. El campo de la hegemonía se da en situaciones donde proliferan los antagonismos y las crisis de identidades.

6. Los antagonismos:

Laclau construye una concepción no esencialista de las clases. Propone desde la teoría del discurso la construcción de categorías lógicas y no empíricas, que impliquen un campo de juego de fuerzas, de relaciones y tensiones en torno a la construcción de la identidad. El antagonismo no tiene una concepción material sino lógica-conceptual, y hace alusión a las relaciones entre momentos. Si bien la noción de hegemonía por sobre la de clase tiene como uno de sus fundamentos que puede no referirse a sujetos concretos sino a identidades o a colectivos, el concepto de antagonismo es un intento por reemplazar al de clase. Como mencionáramos en otro párrafo, antagonismo es lo que constituye a la vez el fundamento y el límite de lo social. “La lógica de la equivalencia es una lógica de la simplificación del espacio político, en tanto que la de la diferencia es una lógica de la expansión y complejización del mismo...la lógica de la diferencia tiende a expandir el polo sintagmático del lenguaje, el número de posiciones que pueden entrar en una relación combinatoria..., en tanto que la lógica de la equivalencia expande el polo paradigmático – es decir, el número de elementos que pueden sustituirse el uno al otro- y de este modo reduce el número de combinatorias posibles”.(Laclau, 1985: 223).

Los antagonismos no se dan en el plano de lo real, es decir no son contradicciones ni oposiciones reales entre objetos mentales ni entre objetos materiales. Los antagonismos son relaciones de oposición entre identidades. El antagonismo se ubica en los límites del lenguaje, siendo la dificultad del mismo en la vinculación con el otro. El antagonismo no puede ser definido por el lenguaje, porque subvierte al lenguaje, es decir que no es comprensible o cosificable sino que desborda los límites del lenguaje y la comprensión. Por ello, los antagonismos no son interiores dentro de la sociedad sino que son exteriores a ella; la limitan, son su borde a punto de un desborde.

Para que se produzca una relación hegemónica no son necesarias solamente las prácticas articuladoras sino también los discursos antagónicos, lo cual no significa que todo antagonismo suponga prácticas hegemónicas. La existencia de elementos flotantes y su articulación con campos opuestos es lo que permite a una práctica hegemónica llegar a constituirse. “Una coyuntura en la que se da un debilitamiento generalizado del sistema relacional que define las identidades de un cierto espacio social y político y que en

consecuencia conduce a la proliferación de elementos flotantes”. Esta coyuntura en la que se produce un debilitamiento y la emergencia de significantes vacíos, el filósofo lo asocia a la noción de crisis orgánica de Gramsci. Por un lado proliferan los antagonismos y por el otro existe una crisis de identidad. Agrega “cuanto más inestables sean las relaciones sociales, cuanto menos logrado sea un sistema definido de diferencias, tanto más proliferaran los puntos de antagonismo; pero a la vez, tanto más carecerán éstos de una centralidad, de la posibilidad de establecer, sobre la base de ellos, cadenas de equivalencias unificadas” (Laclau,1985:224).

7. Acercamiento al populismo

El problema que se plantea Laclau es el de las identidades como elemento aglutinador de los colectivos sociales. De ahí su crítica y su distanciamiento del marxismo ortodoxo debido a las explicaciones económicas de los procesos sociales. Igualmente, la limitación de Laclau de intentar ajustar el marxismo como cuerpo teórico a sus cuestionamientos sobre la identidad lo llevan a distanciarse de las tesis materialistas para concentrarse en los aspectos subjetivos, el discurso y el lenguaje. Asimismo, desaparece el actor, el sujeto, su unidad de análisis son las “demandas”. Esto lo distancia claramente del materialismo dialectico aproximándolo a las corrientes estructuralistas, en las que el sujeto no tiene una esencia a priori sino que se diluye en una demanda. Demandas que no son individuales sino que consisten en una articulación de demandas. Este análisis de las demandas lo conduce a estudiar un fenómeno complejo que es el populismo al que lo caracteriza sintéticamente en el prólogo de “La razón populista” como “un modo de construir lo político” (Laclau: 2005,11). Para Laclau el intento de identificar a los populismos ha tenido una tendencia positivista debido a que se buscaban elementos o factores comunes en ellos para luego realizar generalizaciones acerca de lo que son estos fenómenos, a través de un método inductivo. Lo que proponen estos intentos de clasificación es nombrar puntos o características que consideren que poseen estos fenómenos. Ejemplos que oscilan entre los gobiernos de Lázaro Cárdenas o de Getulio Vargas hasta el nazismo y el fascismo. ¿Por qué existe esta tendencia a clasificar a tan diversos procesos como populistas? El autor describe cómo a través de métodos inductivos o deductivos se pretende enumerar características que poseen dicho fenómeno y posteriormente elaborar un cuerpo teórico con

esta información. Explicita que ha existido por mucho tiempo cierta influencia de la psicología de las masas y lo que se entendía por fenómenos de masas.

De esta forma, Laclau realiza un recorrido conceptual por las teorías de psicología de las masas y criminalística, por las cuales se tenía una concepción peyorativa de los procesos grupales. El siglo XIX fue un siglo en el que primó una tendencia a tratar de forma negativa a los procesos de masas, o a patologizarlos. Esto último punto es justamente lo opuesto a lo que Laclau entiende por populismo, y muy probablemente, su connotación peyorativa o negativa tiene su origen en estas corrientes teóricas. Laclau realiza una descripción de distintos autores de psicología de las masas (como Le Bon y Tarde) que en sus estudios describieron a las masas o multitudes como fenómenos patológicos, grupos primarios o gregarios en donde el líder era quien las manipulaba. Los elementos que permitieron esta explicación fueron mecanismos psíquicos como la sugestión, la hipnosis, la imitación y la identificación que cohesionaban a la multitud considerada primitiva. Los procesos revolucionarios de la Comuna de París en Francia, y otros ejemplos de las revoluciones del 1840 a 1890 fueron contempladas como ejemplificaciones de este proceso gregario.

La hipótesis que introduce Laclau se base en que estas teorías fueron utilizadas desde una concepción negativa para explicar los procesos de organización social como el populismo, (“denigración de las masas”). (Laclau: 1985, 87). Esta idea se hace visible en el repudio a la multitud y a otro término también acuñado en la época: el pueblo. Estos fenómenos eran visualizados como amenazantes, por lo cual se debía normalizarlos e institucionalizarlos.

Laclau realiza un recorrido teórico acerca del concepto o conceptos de multitud, que se remonta a una dicotomía de lo normal y lo patológico, donde la psicología de principios de siglo XIX frente a las movilizaciones sociales y políticas de la época, en oposición al sistema capitalista de producción y al liberalismo político, proponen un programa que atenta contra el logrado “orden” social existente. Podríamos mencionar a modo de ejemplo, la Revolución francesa como estallido social que cuestiona al antiguo régimen y proclama la igualdad, la libertad y la fraternidad. Estos sucesos, son comprendidos desde la psicología social como multitudes amorfas que amenazan el statu quo. Esta es la concepción de los fenómenos de masas para determinadas ciencias sociales de la época

mencionada. La noción de Le Bon sobre sugestión contribuye a cuestionar los fenómenos colectivos de la época. En este análisis está presente la idea de racionalidad versus irracionalidad: el individuo en si es un ser racional pero cuando se socializa y es parte de un grupo se vuelve un proceso irracional.

Esta percepción de lo colectivo como una noción vaga o irracional, fue modificándose con el avance de las teorías en Ciencias Sociales.

Laclau propone una elaboración teórica de la concepción de populismo, a la que pretende arribar no a partir de datos empíricos sino a través de un análisis lógico. Mencionamos en párrafos anteriores que su unidad de análisis son las demandas sociales. Estas se articulan constituyendo grupos y son pre-existentes a ellos; se entrelazan en lógicas equivalenciales. Laclau, al pretender alejarse de los análisis esencialistas, propone que para que estas demandas se articulen deben unirse a partir de significantes, los cuales son considerados vacíos. Las demandas diferenciales son específicas; por ejemplo un grupo de vecinos que reclama por la tenencia de la tierra, o por la falta de agua en sus lotes, etc; estas demandas pueden ser satisfechas o no. En el caso que no sean satisfechas por efectores institucionales, se produce la articulación de lógicas diferenciales, por ejemplo, la tenencia de la tierra, la contaminación de los terrenos, la falta de un sistema cloacal, y así en cadena, lo cual establece una relación equivalencial. La articulación de demandas puede ser a través de situaciones particulares, “particularismo con las demandas”, que se relacionan con otras demandas a partir de la distinción (*lógica de la diferencia*), y por otra parte, a partir del entrelazamiento de las demandas particulares, de lo que estas tienen en común (*las lógicas equivalenciales*). En suma, la lógica de la diferencia tiende a las fronteras internas, es decir, a la división de aguas, a los antagonismos; mientras que la lógica de la equivalencia es el prelude de las construcciones populares. Esto último sería un argumento sintético de las lógicas, que se entremezclan unas con las otras. “Lo social no es otra cosa que el locus de esta tensión insoluble”. (Laclau, 2005:107).

Es así como se construye el pueblo como actor histórico potencial. Estas son dos pre-condiciones del populismo “la formación de una frontera interna antagónica separando al pueblo del poder y dos, una articulación de demandas que hace posible el surgimiento del pueblo”. A lo que se agrega un tercer factor que es “un sistema estable de significación”.

(Lacalu,2005:99). “Sabemos que el populismo requiere la división dicotómica de la sociedad en dos campos- uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo-, que esa dicotomía implica la división antagónica del campo social, y que el campo popular presupone, como condición de su constitución, la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales”. (Laclau, 2005: 110).

En suma, en este punto reduce la noción de complementariedad de ambas lógicas, concluyendo que en los populismos se producen dos campos con fronteras antagónicas articulados a partir de sus lógicas diferenciales, los cuales no pueden articularse uno con otro, ni entretejer lógicas equivalencias. Uno de los campos quiere hegemonizar con sus demandas, estas demandas democráticas se cristalizan en una identidad popular, la cual se constituye como un significante vacío, es decir de desvinculación de los significados de las demandas particulares para constituirse en un significado universal que pueda condensar en demandas democráticas en una cadena principal de demandas equivalenciales. El significante vacío es un término que utiliza para describir los procesos de conformación de las identidades colectivas, y entiende por ello “existe un punto dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable, que en ese sentido permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío dentro de la significación”. (Laclau,2005:137).

Laclau define al populismo como una “lógica política” y lo diferencia de las lógicas sociales. La lógica es política cuando un conjunto de demandas particulares se condensan en una cadena de equivalencias y se constituye un pueblo heterogéneo; este pueblo participa o es parte de una democracia con mecanismos representativos. En este punto observamos un problema dado a que si las lógicas populistas equivalen al populismo toda praxis política en sí se identifica con él.

Este pase a lo antagónico es posible en sociedades democráticas en las cuales rige el principio de igualdad y libertad. Considera que se debe tender hacia lo que denomina “revolución democrática”. Esta transición a sociedades liberales se produce mediante la sustitución de sociedades jerárquicas regidas por la lógica divina y no igualitaria por una sociedad democrática donde prime la igualdad y la participación. Las sociedades feudales

eran tipos de sociedades jerárquicas, donde existía una reproducción de la subordinación sin trascender a generar conciencia sobre las relaciones de opresión. La Revolución Francesa es el primer hito de transición a una sociedad democrática. En ella emerge la organización del pueblo, visible en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Si bien resulta compleja la asociación entre democracia y populismo, el autor realiza una aclaración al respecto: por democrático no entiende particularmente a un tipo de régimen sino que las lógicas democráticas pueden articularse en cualquier régimen. Así las cosas, cuando aborda específicamente el concepto de populismo comprende por él una amplia gama de posibles tipos de regímenes. Laclau introduce en su análisis una descripción lógica a partir de la cual arriba a ciertos aspectos o características comunes sobre populismo. Asimismo, sus concepciones se inscriben en el concepto de significante vacío elaborado a partir de la noción de “falta” de Lacan⁴. Este concepto es a la vez “vago” e “impreciso” porque se le puede otorgar el significado a partir de quien lo construya.

En todos los casos relaciona al populismo como una lógica política la cual es parte del sistema democrático y representativo. La democracia es para Laclau sinónimo de populismo, a saber, las formas de participación políticas son en sí mismas populistas. Agrega a la característica de los sistemas democráticos en los populismos, que éstos son el fruto de un “nuevo orden” emergente de la crisis de un sistema producto de las demandas insatisfechas nucleadas en cadenas equivalenciales las cuales subvierten un viejo orden.

En suma, hacemos nuestra las reflexiones de Inda: “la teorización laclauiana, autodefinida como posmarxista, no sólo encontró eco en el mundo académico, en el que las investigaciones y los análisis que se realizan en su nombre son ya todo un fenómeno, La razón populista también ha sido leída por muchos “como el sostén filosófico y político de los nuevos liderazgos post estallidos económicos y sociales” (Rapisardi, 2015). Claro que también ha originado no pocas polémicas y críticas. Su propuesta de una radicalización de la democracia sin revolución ni modificación sustancial de las relaciones capitalistas de

⁴ “esto muestra en acción otra de nuestras tesis: la lacaniana, según la cual el nombre es la base de la unidad del objeto...con el fin de que el nombre desempeñe este rol debe estar fuertemente investido –es decir, debe ser un objeto a (debe construir un sujeto hegemónico)-“ Lacalu (2005).

producción agita los debates propios del pensamiento de izquierda sobre el reformismo y sus límites, a la vez que capta la atención de las corrientes del pensamiento nacional que propician una amplia alianza de clases populares con la articulación de un Estado democrático y garante de los intereses nacionales” (Inda, Graciela: 2016)

Bibliografía:

-Inda, Graciela (2016). *Masas populares y poder político en el pensamiento crítico contemporáneo*. Proyecto bienal. Secretaria de Ciencia, Técnica y Posgrado. Universidad Nacional de Cuyo.

-Laclau, Ernesto. (2005). *La razón populista*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Argentina.

-Panizza, Francisco (compilador). (2005). *El populismo como espejo de la democracia*. Editorial Fondo de la Cultura Económica. Buenos Aires. Argentina.

-Keucheyan, Razmig (2010). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Editorial Siglo XXI. España.

-Retamozo, Martin (2017). *La teoría del populismo de Ernesto Laclau: una introducción*. En Revista Estudios Políticos Nueva Época. Número 41. Mayo-Agosto de 2017. Pág. 157-184.